

La frontera indómita

Graciela Montes, escritora.

*Cada uno está solo en el corazón de la Tierra
atravesado por un rayo de sol:
y de pronto anochece.*

Amo mucho esos versos de Salvatore Quasimodo; los evoco siempre y en circunstancias muy diversas. Son para mí un recordatorio y, a la vez una especie de conjuro contra la estupidez y contra las vanidades. No conozco ninguna imagen más apretada y genuina de la precaria –y luminosa– condición humana, del fugaz e intenso destello de la conciencia y de su obra.

Curiosamente, suelen encabalgárseme en la memoria con otros versos, menos prestigiosos tal vez, pero seguramente más populares:

*Juguemos en el bosque
mientras el lobo no está.*

El lobo, que está ahí nomás, a la vuelta de la esquina, se parece mucho a la noche indefectible; el bosque es, como la Tierra, la casa, el sitio donde se está, provisoriamente; el jugar se parece mucho al rayo de sol que nos atraviesa. Por otra parte, ambos poemas coinciden en lo frágil de la estancia: un dramático «de pronto» en los versos de Quasimodo y un sabio «mientras» en la ronda infantil se ocupan de recordarnos la precariedad del juego.

Tal vez resulte insólito que haga pie en estas citas para desovillar unas pocas ideas en este congreso dedicado a la enseñanza de la literatura. ¿Qué tendrá que ver la condición humana, por llamarla de algún modo, con los programas de estudio, las reformas educativas y, en general, los campos de poder de la enseñanza? A mí, sin embargo, me parecen citas pertinentes. Al fin de cuentas, es sólo en esa breve cuña de conciencia y oportunidad, en esa estrecha y

dramática frontera –el rayo de luz que precede a la indefectible noche, el jugar mientras el lobo todavía está lejos– donde tienen lugar todas las construcciones humanas, su cultura y, por supuesto, su literatura. Enseñar literatura sin tener en cuenta ese contexto elemental puede conducir a muchas equivocaciones y sobre todo a muchos vacíos.

Es ese contexto el que le otorga sentido a lo que hacemos.

Claro que hay muchos para los que el sentido no es algo codiciable y que descreen de las significaciones. No es mi caso. Yo soy de los que creen, justamente, que la búsqueda siempre difícil, muchas veces dramática y a veces insatisfactoria de significaciones es exactamente lo que nos compete a las personas.

¿Por qué enseñar literatura? ¿Por qué *hacer* literatura? ¿Por qué *leer* literatura? ¿Por qué insistir en que la literatura forme parte de la vida de las personas? ¿*Dónde está* esto que llamamos literatura? ¿*Dónde* debemos ponerla?

Pertenece, estoy convencida, a la frontera indómita, allí precisamente tiene su domicilio.

A esta altura voy a tomarle prestada una idea a un pensador que siempre he admirado mucho por su desafiante independencia: Winnicott. Winnicott tiene la virtud, a mi modo de ver, de desarrollar sus teorías sin darle la espalda a la condición humana, sino, más bien, partiendo de su punto más dramático: la soledad, la separación irremediable. Winnicott parte del niño arrojado al mundo que, esforzada, y creativamente, debe ir construyendo sus fronteras y, paradójicamente, consolando su soledad, ambas cosas al mismo tiempo. Por un lado, está su apasionada y exigente subjetividad, su gran deseo; del otro lado, el objeto deseado: la madre, y, en el medio, todas las construcciones imaginables, una difícil e intensa frontera de transición, el único margen donde realmente se puede ser libre, es decir, no condicionado por lo dado, no obligado por las demandas propias ni por los límites del afuera. El niño espera a la madre y en la espera, en la demora, crea. Winnicott llama a este espacio *tercera zona* o *lugar potencial*. Se trata de un territorio en constante conquista, nunca conquistado del todo, siempre en elaboración, en permanente hacerse; por una parte, zona de intercambio entre

el adentro y el afuera, entre el individuo y el mundo, pero también algo más: única zona liberada. A esa zona pertenecen los objetos transicionales –la manta cuyo borde se chupa devotamente, el oso de peluche al que uno se abraza–, los rituales, el juego en general y la cultura toda. Es el lugar del hacer. La literatura, como el arte en general, como la cultura y toda marca humana, está instalada *en* esa frontera. La frontera es espesa, contiene de todo, e independiente: no pertenece al *adentro*, a las puras subjetividades, ni al *afuera*, el real o mundo objetivo.

Es un territorio necesario y saludable, el único en el que nos sentimos realmente vivos, el único en el que brilla el breve rayo de sol de los versos de Quasimodo, el único donde se pueden desarrollar nuestros juegos antes de la llegada del lobo. Si ese territorio de frontera se angosta, si no podemos habitarlo, no nos queda más que la pura subjetividad y, por ende, la locura, o la mera acomodación al afuera, que es una forma de muerte.

La condición para que esta frontera siga siendo lo que debe ser es, precisamente, que se mantenga indómita, es decir, que no caiga bajo el dominio de la pura subjetividad ni de lo absolutamente exterior, que no esté al servicio del puro yo ni del puro no-yo. La educación, en un sentido más generoso que la mera enseñanza, puede contribuir considerablemente al angostamiento o ensanchamiento de este territorio necesario. Y voy a acercarme, ahora sí, al oficio que nos une: la literatura o la frontera indómita de las palabras.

Las palabras, ya se sabe, ocupan todos los espacios, puesto que fuimos arrojados a un mundo nombrado. Tienen diversas funciones –como ya dijo en su momento Jakobson y convirtieron luego en dogma los manuales–, pero algunas, sólo algunas –y esto es algo que a veces hace perder la paciencia a ciertos lingüistas–, están instaladas en los márgenes, en la frontera. Una novela, un cuento, una canción, un poema son avanzadas sobre la tercera zona, construcciones pioneras, propias del borde. Por eso se suele decir que son gratuitas, en el sentido de que no son *necesarias*, que son independientes de lo dado (el yo y sus exigencias; el mundo y sus condiciones). No porque sean novela o cuento o poema, no por su género, sino por la forma de experiencia que determinan: cualquier otra

cosa, desde un panfleto a una receta de cocina, se puede leer como literatura, siempre y cuando se la instale en esa frontera, se la libere, precisamente, de los condicionamientos de las funciones, se la aloje en esa especie de zona oblicua, esa ronda, ese círculo mágico, esa rayuela donde **se** construye, infatigablemente, todo lo nuevo.

Eso no significa que la literatura sea una experiencia totalmente indiferente al yo o al no-yo, a la realidad psíquica o a la realidad exterior. Claro que no: justamente, es frontera y, por lo tanto, transición, pero no se reduce jamás a los términos que la enmarcan porque es un *hacer* independiente, que tiene sus propias reglas y su propio espacio. Esta frontera indómita de las palabras incluye una gama muy amplia de variantes, algunas más canonizadas y prestigiosas que otras; las exploraciones gozosas del balbuceo durante la primerísima infancia, la deliberada y obsesiva reiteración de una sílaba sabrosa, los insultos rituales, las adivinanzas populares, los chistes o *La Divina Comedia* del Dante. Es el lugar de los gestos, de los símbolos, de los caprichos, de las marcas personales, de los estilos, y puede llegar a ser, o no, el lugar donde se instale gran parte de lo que transita por las aulas y por los programas de estudio, es decir la tradición heredada, el acervo literario de la humanidad, que viene a ser algo así como la frontera indómita de la especie, construida a fuerza de decantaciones.

Nadie parece dudar de que la escuela tiene que incluir *de algún modo* la literatura entre sus quehaceres ni de que al colegio secundario le corresponde transmitir, *mal que bien*, el acervo literario, o, al menos, cierto repertorio nacional o universal que todo el mundo considera insoslayable. En cambio, nadie parece preocuparse demasiado por preguntarse dónde poner ese acervo, una cuestión que, como ya se dijo, tiene más que ver con la educación que con la enseñanza. No se puede decir que la escuela o el colegio ignoren la literatura. En la escuela y en el colegio circulan algunos poemas, cuentos y novelas, sin duda, se habla incluso de corrientes literarias, de estilos..., sólo nadie sabe dónde ponerlos. Y eso es grave, porque los poemas, los cuentos, las novelas, las corrientes literarias o los estilos sólo tienen sentido si contamos con un sitio dónde ponerlos, es decir, si hemos desarrollado antes nuestra frontera indómita,

nuestra zona liberada. Está claro que no sirven para saciar las necesidades elementales del yo, ni para modificar drásticamente las condiciones del mundo exterior; de hecho, sólo sirven a esa zona tercera. La cultura heredada sólo es útil en tanto puede convertirse en cultura propia, es decir, en tanto puede ingresar a la propia frontera indómita. Y, para eso, tiene que convertirse en experiencia.

Me doy cuenta de que esto puede parecer una exigencia desmesurada. Se me dirá que bastante tienen maestros y profesores con sus difíciles destinos de docentes en una sociedad desinteresada por la educación, que demasiado tienen con sus aulas sobrepobladas, sus sueldos lamentables, sus reformas educativas y sus contenidos básicos como para ocuparse, además, de desatar el gran paquete y convertir la cultura en experiencia.

Hay por supuesto muchas formas de ver la enseñanza de la literatura y muchos atajos y coartadas para otorgarle o quitarle sentido a lo que uno hace. Pero, a mí modo de ver, no hay vuelta que darle: enseñar literatura no puede significar otra cosa que educar en la literatura, que ayudar a que la literatura *ingrese en la experiencia* de los alumnos, en su hacer, lo que supone, por supuesto, reingresarla en el propio. Educar en la literatura es un asunto de tránsito y ensanchamiento de fronteras.

Claro está que es muy difícil ayudar a ensanchar la frontera de otros cuando la propia está encogida y hasta diría que apelmazada, es casi imposible hacer que la cultura se convierta para otros en experiencia cuando es para uno sólo un dato del mundo exterior: por ejemplo, el requerimiento de un programa. Y es difícil poner las energías en la construcción de las fronteras cuando se carece de la confianza mínima en el mundo exterior, cuando no se gana lo suficiente para vivir, por ejemplo, o cuando todo es tan hostil que cualquier esfuerzo constructor parece perder sentido.

Sin embargo, nuestro oficio *es éste*, es eso lo que nos compete. Si ya no nos interesa nuestro oficio, si hemos decidido reemplazar toda reflexión sobre él por comentarios difusos acerca de las noticias aparecidas en los diarios, será porque ya hemos entregado una zona considerable de nuestra propia frontera.

Hagamos de cuenta que eso no ha sucedido, hagamos

de cuenta que todavía tenemos, intacto, es territorio indómito, personalísimo, hecho de lecturas, escrituras y otras experiencias sorprendentes con las palabras, de donde nos surgió, cierto día, la idea fantástica de ocuparnos especialmente de la literatura.

Tal vez podamos entonces preguntarnos qué y quiénes han querido domesticar lo no domesticable, quiénes fueron los achicadores de nuestra zona liberada. No va a haber una única respuesta, ya que es condición indispensable de esta frontera en la que decidimos instalarnos el ser propia e irrepetible, siempre única y en constante transformación. Cada uno tendrá sus cuentas que saldar y sus reproches. Pero tal vez coincidamos, eso sí, en algunos trazos gruesos. Los achicadores suelen envalentonarse a veces, y hasta elaboran teorías generales que, con el tiempo, se vuelven más o menos oficiales y se convierten en fantasmas compartidos.

La literatura cuenta, creo, con tres fantasmas que son especialmente poderosos y devoradores: la escolarización, la frivolidad y el mercado.

El fantasma de la escolarización es, sin lugar a dudas, todo un clásico. La forma de domesticación más tradicional y prestigiosa de la literatura. Hace varios siglos que se practica y nació, al parecer, con la Contrarreforma. La Contrarreforma aceptó conservar los textos de la Antigüedad bajo la condición de que se convirtieran en «clásicos», es decir: en áulicos. Recurrió para ello, como todo el mundo sabe, al método de la *typographia excerpta*, los «trozos», los «extractos». Por un lado los *excerpta* eran un impecable y eficientísimo modelo de censura que permitía conjurar una serie de peligros: las referencias políticas urticantes, el pertinaz paganismo y demás impudicias varias de griegos y romanos. Por otro lado, domesticaban el acervo, actuaban como achicadores de fronteras, retirando esa literatura de la tercera zona de Winnicott e instalándola al servicio de la acomodación a las demandas externas.

El progreso se ha hecho sentir, en este terreno como en tantos otros, y hoy contamos con otras formas variopintas de domesticación escolar de la literatura: selecciones por tema, clasificaciones por edades, agrupaciones por época, cuestionarios, resúmenes, conglomerados varios; manuales,

antologías, cuadros sinópticos, encolumnamientos. Tienen la virtud de poner un poco de orden en la frontera indómita. Y de volverla de paso un poco más útil y provechosa. Lo gratuito es siempre un desafío y un descontrol, lo que está demasiado vivo siempre es peligroso. Una buena interpretación psicologista, cualquier versión oficial de «lo que quiso decir el autor» o un cuidadoso análisis del discurso en su plano ilocutivo pueden servir por igual para convertir la literatura, esa especie propia de las regiones indómitas, en una mansa y controlable mascota.

Pero no todos los fantasmas responden al mismo estilo.

El de la frivolidad, por ejemplo, es un fantasma más *light*. Se inició con un slogan que en su momento fue muy saludable, el del «placer de leer». Se trataba de una exhortación «blanda», que nació, aparentemente, para contrarrestar los efectos «duros» del fantasma anterior. Rápidamente se lo asoció con «comodidad» y con «facilidad», oponiéndoselo al «trabajo», el «esfuerzo» (y el «displacer») propios de las prácticas de la escolarización.

El placer estaba vinculado estrechamente con el juego. El descubrimiento del juego había sido, por supuesto, muy valioso, algo así como el reconocimiento oficial de la frontera indómita, de la zona potencial de que hablaba Winnicott. Sólo que, muy rápidamente, el juego se convirtió en consigna de juego, es decir, en normativa: al valioso postulado «los niños juegan y se construyen cuando juegan», siguieron las exhortaciones, no siempre valiosas: «juguemos entonces», «hay que jugar», «inventemos juegos». Con la literatura se juega, es cierto, pero siempre y cuando jugar signifique también jugarse la vida. El juego domesticado ya no pertenece a la frontera indómita de la palabra, pasa a ser un juego juguetero, un simple pasatiempo. Y pronto los juegos se volvieron *actividades*. Las *actividades* terminaron resumiendo lo que se entendía por juego mientras en las bibliotecas, los blandos *almohadones* simbolizaban la facilidad, en contra de los viejos y duros pupitres.

Fue así como, de deslizamiento en deslizamiento, hizo su aparición un nuevo fantasma achicador: el de la frivolidad. Y comenzó a reemplazarse una auténtica *experiencia de la literatura*, es decir, el ingreso imprevisible del acervo

a la propia frontera indómita, por un repertorio variado y pintoresco de consignas de juego y actividades más o menos estructuradas, con las que se buscaba cubrir el vacío.

Pero ni el fantasma tradicional de la escolarización ni el fantasma *light* de la frivolidad le llegan siquiera a los talones al fantasma más temible y poderoso: el del mercado y su ley del rédito máximo: lo que vende manda. Para las leyes del mercado las fronteras cerriles, todas las fronteras, la de la palabra, la del arte, la de la cultura o sencillamente de la exploración y el juego, resultan francamente irritantes en su estado cerril. Convenientemente colonizadas, en cambio, pueden terminar por ser muy útiles. Domesticados, clasificados, encarrilados, pasteurizados y homogeneizados, los retoños de esos territorios salvajes pueden convertirse en fuente provechosa de ingresos. Al fin de cuentas, el arte, la cultura, la educación, la literatura, los juguetes y el juego también se venden. Para eso están las canonizaciones, las cotizaciones, los prestigios, el marketing, la prensa y el famoso *editing*, que sirve para amaestrar las novelas más díscolas, y ajustar su título, su estilo y hasta su desenlace a las demandas del todopoderoso mercado.

Está claro que todo conspira contra las fronteras indómitas; ¿tendrá sentido recordarlas? ¿Tendrá sentido recordar la libertad de un gesto, la libertad del juego, la gratuidad de un poema cuando vivimos, como vivimos, en un mundo saturado y saturador, que se nos acosa con sus pantallas, sus condiciones durísimas y sus datos? No es fácil vivir así, no es fácil, bajo estas circunstancias, atrapar uno de esos rayos de sol de los que hablaba Quasimodo o permitirse un juego. Para muchos ni siquiera parece quedar espacio en el bosque: la exclusión los devora antes de que llegue el lobo. Y los demás, los sobrevivientes de la exclusión no tenemos muy buen aspecto, se nos ve pálidos por el prolongado enclaustramiento; acorralados, los limitamos a satisfacer como podemos las exigencias de nuestras subjetividades, consumiendo obedientemente. Del mundo exterior, de la dura necesidad ya no nos separa sino una falsa frontera, la magra cultura donada, las huecas imagerías y los fuegos de artificio de los medios de comunicación, que de libres no tienen nada, ya que cuentan, como todo el mundo sabe, con los entusiastas

auspicios del mercado.

Está claro que el momento no es propicio, que estamos atravesando circunstancias muy adversas. Y, sin embargo, o por eso precisamente, yo vengo a hablar aquí de ensanchar la frontera, de construir imaginarios, de fundar ciudades libres, de hacer cultura, de recuperar el sentido, de no dejarse domesticar, de volver a aprender a hacer gestos, a dejar marcas. Lo hago porque estoy convencida de que la literatura, la frontera indómita de las palabras, siempre fue buena pionera. Y me atrevo a hacerlo con una vehemencia que provocaría sonrojos en cualquier posmoderno porque estoy frente a maestros y profesores que, si están acá, es porque todavía se preguntan por el sentido de las cosas. Creo que vale la pena. Vale la pena darle un espacio a la literatura no domesticada, ensanchar la frontera indómita de las palabras. Vale la pena aprovechar que al lobo se le ha hecho tarde para jugar un buen juego, vale la pena sentirse entibiado por un rayo de sol antes de que se lleguen la noche y el silencio.